



esos medios como debían obtener los efectos que necesitaban del exterior, y por eso sin descuidar la agricultura, procuraban con el mayor empeño el descubrimiento de los criaderos minerales, que sabían que existían en abundancia, tanto por los metales preciosos que en gran cantidad recogieron en la Metrópoli, como por las relaciones más ó menos verídicas de los indios, que más de una vez fueron víctimas inocentes de la codicia de los Capitanes, como lo prueba el sacrificio de Cuautemoc, Calzontzin y otros menos célebres.

No eran únicamente los conquistadores los que creían que este hermoso país era rico en metales preciosos, sino que también los sabios y los monarcas europeos tenían la misma creencia: para que no se dude de esta afirmación mía, pondré aquí un trocito de historia.

Escribía á Carlos V. D. Nuño de Guzmán por conducto de su cuñado D. Juan Gómez Suárez de Figueroa, Embajador de su Majestad en la República de Génova, y una vez que estaba ausente de Madrid el Monarca entregó aquel las cartas á la Reyna Gobernadora, quien le dijo al recibirlas "vuestro hermano se halla en provincias tales, que el Rey de Portugal me ha escrito que sus cosmógrafos le dicen ser la tierra rica de plata y oro, y que así la procurase sustentar."

Pero habían transcurrido ya muchos años y los indios se manifestaban rebeldes y rehacios á las promesas, á los halagos y aun á las amenazas de los españoles y no les mostraban los criaderos metalíferos, ya fuese porque realmente no los conocían, ó, lo que es más probable, porque no querían que los conquistadores se enseñoreasen para siempre de aquellas tierras; por lo cual cansados al fin de tanta miseria y humillado su orgullo en presencia de los indios, cuya soberbia crecía á la par que se acentuaba la debilidad de los españoles, abandonaban, como he dicho antes, sus labores y sus ganados, por falta de compradores, para volverse á México ó á España.

Veamos lo que dice un historiador de aquella época des-

pués de referir los desvelos y grandes trabajos que costó á D. Juan Fernández de Híjar el fundar la Villa de la Purificación, tan recomendada por el Rey.

"Hoy es una villa muy corta; sus habitantes cuanto tienen de nobleza abundan de necesidad, porque como por aquella costa no hay comercio marítimo y la tierra por sí es muy pobre y caliente, y por eso y por los muchos alacranes, mosquitos y sabandijas, pocos la traganan."

Era tanta la miseria de los conquistadores de la Nueva Galicia, á pesar de tener grandes hacinas de trigo y las dehesas pobladas de ganados, que consideraban como una gran fortuna, la concesión de algún empleo público, no obstante que los pagos del Gobierno andaban muy atrasados, como aparece de una cédula firmada por su Majestad el 18 de Abril de 1539, en la cual se aprueba el nombramiento hecho por el Virrey en favor de D. Francisco Vázquez Coronado, para Gobernador de la Nueva Galicia, "*con la asignación de mil ducados; y que desde el día de la data de la cédula se entendiesen un mil y quinientos de las rentas y aprovechamientos que el reino diese; pero con calidad de que si dicho reino se mantuviese tan pobre, que no produjese para la paga no quedaba el Rey obligado á ella.*"

Existen varias cédulas del Rey ordenando que los españoles se congregasen, para impedir que continuase la despoblación de la Nueva Galicia; pero como la necesidad es superior á las leyes, aquellas tierras iban quedando abandonadas rápidamente.

Después de la fuga de los españoles de Chametla, el Alcalde D. Cristóbal de Barrios pidió licencia al Gobernador para abandonar la población con los trece compañeros que le quedaban, porque no podían resistir los repetidos asaltos de los indios, y manifestó reservadamente, que si no se les permitía la retirada estaban dispuestos á licenciarse para conservar sus vidas; por lo cual se acordó el abandono de Chametla.

En principios de 1543, quedaban tan pocos españoles en

las extensas provincias de la Nueva Galicia, que no hubiera sido humanamente posible que sostuviesen las tierras conquistadas, si no fuese porque había en ellas gran número de sacerdotes venerables, de una virtud ejemplar, que se habían hecho estimar y respetar de los indios porque los trataban con una suavidad y un cariño verdaderamente paternales. Muchos de estos venerandos religiosos fueron sacrificados por la ferocidad de los idólatras; pero este sacrificio exaltaba más la fe de los que quedaban y multiplicaba su abnegación, su caridad y su ardiente celo en favor de la religión católica, lo mismo que sucedía con los valerosos, humildes y resignados mártires de los primeros siglos del cristianismo. Aquellos valientes apóstoles, poderosos y eficacísimos auxiliares de la conquista, fueron los que en la Nueva Galicia, por medio de exhortaciones y de súplicas fervientes, iban aplazando la sublevación general de los indios, hasta que comenzaron los descubrimientos minerales y con ellos la abundancia, la riqueza y la asombrosa y verdadera prosperidad de aquellas poblaciones.

Ya hemos visto cuál era la situación del dilatado Reino de la Nueva Galicia, en medio del desarrollo plausible de las industrias agrícola y pecuaria; vamos á ver ahora la que guardaba después del descubrimiento de las minas.

Uno de los más esforzados españoles que acompañaron á D. Nuño B. de Guzmán en la conquista de la Nueva Galicia fué el intrépido Capitán D. Pedro Ruiz de Aro, natural de Peñaranda, en Extremadura, de noble estirpe, como que descendía de los Guzmanes, casado con Doña Leonor de Arias, noble y hermosa dama española, de antiguo linaje. Este valeroso Capitán murió en Compostela, dejando en suma pobreza á su noble viuda y sus tres hijas; todas las cuales eran un dechado de virtudes. La respetable matrona dejó la población para establecerse en las inmediaciones, en una labor llamada de Miravalles, que tenía su marido en encomienda.

Allí vivían tranquilas y resignadas la tierna madre y las cariñosas hijas, dedicadas á las labores domésticas, aun las más rudas, para atender por sí mismas á su subsistencia. *“Estando, pues, una tarde en un portalillo, atrio de su casa, todas ocupadas en su labor de manos, llegó un indio y dijo: “señoras, ¿tenéis una tortilla que darne por amor de Dios?” Leonor Arias le respondió: “sientate hijo;” y mandó á una de las niñas que moliese un poco de nixtamal é hiciese tortillas, y á otra, que hiciese un poco de chimole, que es un compuesto de tomates y chile, que en España llaman pimientos. Comió el indio y al despedirse dijo agradecido: “Dios te lo pague Señora; y ten confianza en Dios, que te ha de dar tanto oro y plata, que te sobren muchos millares.”*

He copiado letra por letra este episodio histórico, porque tiene irresistible encanto en su pristina sencillez: y no se sabe qué admirar más, si la ternura y caridad de la respetable matrona, la humildad y resignación de las nobles y hermosas niñas, ó el sincero á la par que fervoroso agradecimiento del indio. No tardó la Providencia en remunerar espléndidamente la piadosa abnegación de aquellas pobres mujeres; pues al tercer día volvió el indio con un tercio de mineral rico en las espaldas y lo puso, lo mismo que la mina de que procedía, sin condición de ninguna clase, á las órdenes de aquella virtuosa y respetable viuda. Aceptó Doña Leonor agradecida tan rica ofrenda y como era de carácter activo y enérgico, fuese luego acompañada del indio á ver la mina que está situada cerca de Compostela; le puso por nombre “Espíritu Santo” y comenzó á extraer de ella los metales más ricos de oro y plata, siendo su moyordomo el descubridor. En muy poco tiempo cambió la situación del Reino, pues ocurrían diariamente de todas partes de la Nueva España españoles y criollos á Compostela al rumor de la bonanza, por la que se establecieron allí las primeras Cajas Reales del Reino, cuyos oficiales fueron: Pedro Gómez de Contreras, tesorero y Diego Díaz Navarrete, contador.

Con frecuencia llegaban á Compostela recuas cargadas de pescado, sal y otros efectos de consumo y cargaban las barras de plata y oro para México. Cinco años después del descubrimiento era Doña Leonor tan rica que dotó á cada una de sus hijas con una cantidad considerable y las casó con tres caballeros de los más ilustres del Reino: D. Manuel Fernández de Híjar, sobrino del Sr. de Riglos, fundador de la Villa de la Purificación; D. Alvaro de Tovar y D. Alvaro de Bracamonte.

Esta bonanza de Doña Leonor de Arias, que comenzó en 1543, con la mina del Espíritu Santo, produjo tanta riqueza y poderío al Reino de la Nueva Galicia, que se erigió luego en Obispado y se creó la primera Audiencia en Compostela.

La humilde choza de la pobre y nobilísima familia de Ruiz de Aro se convirtió en el gran palacio de la poderosa Condesa de Miravalles, que ilustraban sus tres yernos y que han poseído después sus descendientes.

La virtuosa y pobre viuda Doña Leonor, como la rica y poderosa Condesa de Miravalles, ha dado asunto para hermosas composiciones poéticas de aquellos tiempos, por haber sido la ilustre matrona el instrumento, la varita mágica con que se abrieron los maravillosos tesoro de la Nueva Galicia, que convirtieron el Reino, antes tan despreciable, en rico, próspero y feliz.

Mas no fué ésta la única bonanza de aquella dichosa época, pues también Don Juan Fernández de Híjar descubrió las minas de Huauchinango, Xocotlán, Guazacatlán é Ixtlán, de las cuales pagó á su Majestad más de dos millones de pesos por derechos de quintos.

Para no alargar más este artículo voy á terminarlo con la noticia de otro descubrimiento bonancible de aquel tiempo.

El esforzado Capitán Don Cristóbal de Oñate, Gobernador de la Nueva Galicia, fué dueño de una mina descubierta en el cerro de Xaltepec, la cual trabajaba por medio de su mayordomo: el mineral era aurífero y se extraía el metal por

medio de una grosera concentración en bateas. El mayordomo, que se quedaba con una parte del oro producido, tuvo remordimientos y pidió á su amo que le perdonase las sisas: Oñate, desprendido y generoso, le contestó que le perdonaría siempre que la cantidad sisada fuese bastante para que se volviese á España al lado de su familia, la cual había abandonado; y entonces se vió que eran seis mil pesos de oro los sisados, y, lo que es más sorprendente, que el amo añadió á la sisa un puñado de ducados.